

¿Qué pasa con Irlanda?

LOS ANGELES CUSTODIOS

(La huelga de los lealistas en el Ulster demuestra que la diplomacia inglesa una vez más se ha equivocado. Ha querido deshacer un entuerto creado por ella hace ya demasiados años. Los huelguistas del Ulster son un enorme Frankenstein ideado por el colonialismo británico. Harold Wilson ha enviado más tropas. ¿A quién van a servir esas tropas ahora? ¿A las bandas medievales de Craig y Paisley o a una población aterrorizada?).

Montserrat Roig

ERA una manifestación a favor de Chile. Chicos y chicas, muy jóvenes, algún trabajador, muchos latinoamericanos. Gritaban: «¡Ni un penique, ni un arma para la Junta chilena!». Gritaban para que Harold Wilson dejara de vender submarinos de guerra a Chile. Al salir de Speaker's Corner, antes de entrar en Oxford St., había un hombre de espalda cansada, encorvado, delgado, no muy bien vestido. Se había fabricado una pequeña pancarta, de prisa y corriendo, con el cartón de una caja de zapatos. La pancarta decía: «Hypocrite English! What about Ireland?». Los jóvenes ciudadanos, defensores de todas las causas del mundo, se lo miraban e intentaban darle a entender, con tímidas sonrisas, que a pesar de gritar por Chile también se acordaban de Irlanda. Yo les recomendaría, no obstante, que se dieran una vuelta por Irlanda, que vean, como yo he visto, qué significa un cuerpo destrozado por una bomba, las casas destruidas de Belfast, los ojos de odio de un viejo católico al ver pasar las tropas británicas, los niños que aprenden antes a arrojar piedras contra los soldados que a leer, los protestantes enmascarados, la lenta y solitaria agonía de un pueblo que se resiste a morir...

¿Qué pasa con Irlanda? ¿Los ingleses se acuerdan de Irlanda? ¿De ese país que hace ochocientos años que anda tras sus señas de identidad, escindido sin razón en 1921 bajo el lema de Carson, «ni una pulgada más para los irlandeses»? Casi diría que el problema irlandés es un problema «molesto» para una sociedad que no quiere problemas. Más molesto que vergonzoso. Irlanda quizá no existe para muchas vidas británicas, capaces de tragarse con indiferencia «práctica» las noticias objetivas de los periódicos y el inevitable parte diario de la BBC. Son escasos los análisis conscientes y profundos de las publicaciones llamadas liberales. Más bien andan desorientadas, perdidas entre el magma de eso que se llama objetividad —que se confunde muchos veces con imparcialidad—. Porque se puede ser objetivo y parcial al

mismo tiempo. «The Guardian», por ejemplo, se refirió al descubrimiento de un importante arsenal del IRA en un barrio rico de Belfast como «un gran éxito del Ejército británico», sin más. Habla de la guerra en un tono siempre moderado, y es fácil adivinar las dificultades ideológicas en que se encuentra por culpa de los «gangsters» históricos y los psicópatas del UDA y Vanguard.

Hay excepciones honorables, como la revista «Time Out» —revista más leída por los extranjeros que por los propios ingleses—, ahora que han desaparecido «Seven Days» y «Oz». También, de vez en cuando, el equilibrado «New Statesman» se acuerda de Irlanda. Y su ex editor, Paul Johnson, confesó una vez que Gran Bretaña nunca solucionaría el problema de Irlanda. ▶



Tropas británicas montan guardia en torno a unos depósitos de combustible. Las gasolineras del Ulster fueron confiscadas durante la reciente huelga a fin de asegurar el reparto de gasolina para los casos de mayor urgencia.